

**Adrian Hearn**

*Universidad de Melbourne (Australia)*

**A**mérica Latina y Australia han vivido lo mejor y lo peor del ascenso de China. En el lado positivo, se han beneficiado del crecimiento económico derivado de la demanda sin precedentes de sus materias primas por parte de China. En el lado negativo, han denunciado la manipulación de la moneda, la desindustrialización y las amenazas a la seguridad alimentaria local derivadas del desplazamiento de las explotaciones de alimentos frescos por las plantaciones destinadas a la producción de materias primas.

En este capítulo se comparan las repercusiones de la demanda china en la seguridad alimentaria y los intereses nacionales de América Latina y Australia. En primer lugar, se examina cómo la producción de soja está impulsando la expansión de la «frontera de los productos básicos» en América del Sur, cuyos efectos incluyen el desempleo rural y la consiguiente urbanización. A continuación, se examina la reciente evolución del comercio y las inversiones de China en Australia, donde las crecientes exportaciones de trigo y cebada están inflando los impuestos sobre la tierra y estimulando la aparición de proyectos comunitarios para salvaguardar la seguridad alimentaria.

La siguiente sección examina el caso de Cuba, cuyo gobierno insiste en que una integración más estrecha con China debe evitar la dependencia mediante la inclusión de proyectos que fomenten la seguridad alimentaria nacional. El capítulo ofrece también algunas observaciones etnográficas de la vida cotidiana en Pekín, donde la rápida urbanización ha promovido iniciativas comunitarias que fomentan dietas más sanas y menos dependientes de productos importados. Concluyo con algunas reflexiones sobre la importancia de estas experiencias latinoamericanas, australianas y chinas para la Unión Europea.

## **2. La frontera sudamericana de las materias primas**

El plan de nueva urbanización del gobierno chino pretende aumentar la población urbana de la nación a 1.000 millones en 2025 (frente a sólo 17 millones en 1978), lo que constituye la mayor migración en la historia de la humanidad. Esta transformación demográfica sin prece-

La expansión de las plantaciones, el colapso de las pequeñas explotaciones agrícolas, la intensificación de la aplicación de pesticidas y herbicidas sintéticos y el crecimiento de las ciudades para alojar a las comunidades rurales desplazadas se ha convertido en un problema mundial.

dentes ha desencadenado un consumo de carne de cerdo por parte de la clase media –sostenido por la importación de piensos a base de soja–, así como de trigo, cebada y otros productos básicos. Para las naciones productoras de alimentos, el equilibrio entre las exportaciones a los mercados extranjeros y los sistemas alimentarios locales sostenibles se ha convertido en un reto práctico y ético.

El cultivo de soja en América Latina se concentra en el Cono Sur, donde actualmente ocupa 45 millones de hectáreas, el 90% de ellas en Brasil y Argentina. En 2010, la soja modificada genéticamente para hacerla resistente al herbicida glifosato representaba una media del 85% del total producido en la región. Esto ha permitido la aplicación intensiva de este y otros agroquímicos, a pesar de su difusión en los sistemas hídricos que sustentan los ecosistemas y las comunidades locales. «Un resultado claro», concluye un grupo de trabajo multilateral, «es la externalización de los costes ecológicos, sociales y de salud pública derivados de la producción de soja» (Catacora-Vargas *et al.* 2012).

La agroindustria de la soja ha invadido tierras periurbanas antes destinadas a la producción de alimentos frescos, menoscabando la diversidad ecológica y los medios de vida tradicionales, al tiempo que acelera la migración del campo a la ciudad al concentrarse la gestión de la tierra en menos manos. Impulsada por este proceso, la población urbana de América Latina ha alcanzado ya el 82% del total, lo que la convierte en «una de las regiones más urbanizadas del planeta» (CEPAL 2021). El auge de las exportaciones de materias primas ha generado importantes beneficios macroeconómicos, pero las consecuencias ecológicas, sociales y territoriales son cada vez más profundas.

La expansión de las plantaciones de soja por el Cono Sur representa una nueva frontera de materias primas, con consecuencias transformadoras para la selva atlántica del sur de Brasil, el este de Paraguay y el noreste de Argentina. Desde el siglo XVI, esta zona ha estado sometida a oleadas de tala intensiva, minería de oro y hierro, ganadería y producción de azúcar y café (Dean 1995). Los regímenes coloniales y poscoloniales impusieron con firmeza la ampliación de estas primeras fronteras de la producción de mercancías, pero ni su escala geográfica ni su producción son comparables a las de la soja.

El éxito industrial y el avance territorial de la soja se ven facilitados por las nuevas tecnologías agrícolas, la creciente inversión extranjera y la desregulación neoliberal. Estas transformaciones se hacen eco de las adaptaciones del siglo XX en la región estimuladas por la agroindustria estadounidense, cuyas ventajas competitivas se desbloquearon con la introducción de regímenes de libre comercio. Las consecuencias acumulativas de estas sucesivas oleadas de extracción de materias primas son ahora evidentes en las dos mayores ciudades de Brasil, São Paulo y Río de Janeiro, que han absorbido a comunidades enteras desplazadas por las operaciones de la agroindustria. Aprovechar sus habilidades agrícolas en explotaciones urbanas y periurbanas se ha convertido en un reto fundamental para los migrantes rurales, los gobiernos locales y millones de habitantes de las ciudades comprometidos con sistemas alimentarios más sostenibles desde el punto de vista ecológico, más inclusivos desde el punto de vista social y más saludables para las personas. Ahora hay

pruebas claras de que los proyectos que reúnen a estos actores y sus agendas están fortaleciendo la seguridad alimentaria brasileña (Hearn 2023, Nagib y Nakamura 2020).

La nueva frontera de las materias primas se extiende más allá de América del Sur a otros exportadores de alimentos, generando a su paso retos comparables. La correlación entre el aumento de las exportaciones y la expansión de las plantaciones, el colapso de las pequeñas explotaciones agrícolas, la intensificación de la aplicación de pesticidas y herbicidas sintéticos y el crecimiento de las ciudades para alojar a las comunidades rurales desplazadas se ha convertido en un problema mundial claramente visible en Australia. América del Sur y Australia comparten un legado similar de uso colonial de la tierra y una dependencia actual de las exportaciones de cereales a China, cuya sed de materias primas la ha convertido en el principal socio comercial de ambas. Sin embargo, a diferencia de otras naciones intensivas en minería y agricultura, Australia ha evitado lo peor de la «maldición de los recursos».

La hostilidad hacia China se ha visto agravada por los aranceles comerciales impuestos a la cebada, la carne de vacuno y el vino australianos en 2020.

### 3. La globalización en Australia

La huella agrícola de China se extiende a Australia, donde los cereales se han convertido en la exportación de mayor crecimiento del país, con unos ingresos de 3.500 millones de dólares en 2020 (UN-Comtrade 2021). Saul Eslake (2011:145) sostiene que Australia es «inusual para una economía avanzada» porque ofrece un «contraejemplo»: los productos manufacturados constituyen solo el 16% de las exportaciones, mientras que las materias primas apuntalan el crecimiento económico, como lo han hecho desde la época colonial. Desde principios del siglo XXI, la demanda de trigo, cebada y metales generada por las crecientes ciudades chinas ha sostenido a Australia, al igual que a sus homólogos latinoamericanos, durante las sucesivas crisis mundiales.

La encuesta anual realizada por el Instituto Lowy de Política Internacional (2021) sondea la opinión pública sobre una serie de cuestiones a las que se enfrenta Australia. En 2014, el 56% de los encuestados estaba de acuerdo con la afirmación de que el gobierno australiano «permitiese demasiadas inversiones procedentes de China», y en 2018 la cifra había crecido hasta el 72%. Si bien los australianos están acostumbrados a las grandes inversiones chinas en los sectores de la minería y la energía, la inquietud en torno a la agricultura parece ser el factor que ha impulsado la tendencia, ya que el 87% de las personas encuestadas en 2016 respondieron que estaban en contra de que «el Gobierno australiano permitiese que empresas extranjeras comprasen tierras agrícolas australianas». En 2021, solo el 6% de los encuestados –el porcentaje más bajo de la historia– estaba a favor de las inversiones procedentes de China. En palabras de un encuestado del *Sydney Morning Herald*: «China ha contaminado sus aguas, su aire y su suelo. No respetan su propia patria. ¿Por qué habrían de preocuparse por el medio ambiente de Australia?» (citado en Bachelard 2018). La hostilidad hacia China se ha visto agravada por los aranceles comerciales impuestos a la cebada, la carne de vacuno y el vino australianos en 2020. Aunque los agricultores han compensado temporalmente los aranceles de China desviando cosechas a Arabia Saudí e India, su estrategia a largo plazo sigue dependiendo de la demanda china.

La defensa de la viabilidad de las pequeñas explotaciones agrícolas australianas corresponde a las empresas sociales y a las organizaciones sin ánimo de lucro.

La llegada en 1788 de la Primera Flota a Botany Bay y Port Jackson (actual puerto de Sídney) inició un proceso de desposesión territorial que, como ocurrió en América del Sur, fracturó los vínculos de las primeras naciones con la tierra y los alimentos para sentar las bases de la agricultura industrial y la minería. De estas actividades extractivas, las dimensiones sociales y territoriales de la agricultura son las más visibles, y muestran públicamente las consecuencias humanas y ecológicas de la globalización del siglo XXI. La pérdida de diversidad de cultivos, la intensificación de los insumos químicos y las consiguientes repercusiones demográficas y medioambientales vuelven a revelarse como señas de identidad de la nueva frontera de las materias primas. En los alrededores de Melbourne, la ciudad australiana de más rápido crecimiento (5,1 millones de habitantes), resulta sorprendente que, como ocurre en las ciudades brasileñas, las explotaciones agrícolas periurbanas estén desapareciendo a medida que los nuevos suburbios se extienden hacia el exterior y las explotaciones agroindustriales circundantes invaden el interior. Los gobiernos estatal y federal, centrados decididamente en la exportación de materias primas, no parecen preocupados por el hecho de que las plantaciones de trigo, cebada y colza que avanzan hacia el norte y el oeste de la ciudad no satisfagan la demanda local de alimentos frescos. El aumento de los impuestos sobre la tierra deja pocas esperanzas a los agricultores de hortalizas y frutas, cuya capacidad para abastecer a la ciudad se prevé que caiga del 41% de la demanda actual al 18% en 2050 debido a la menor disponibilidad de tierras asequibles y al hecho de que la Estrategia de Agricultura de Victoria se centra en la exportación a Asia (Carey *et al.* 2018:67).

La defensa de la viabilidad de las pequeñas explotaciones agrícolas australianas corresponde a las empresas sociales y a las organizaciones sin ánimo de lucro. Entre ellas está CERES Fair Food, que ahora suministra cada semana a más de mil familias de Melbourne frutas y verduras frescas procedentes de un centenar de agricultores locales, creando puestos de trabajo y protegiendo la tierra del desarrollo inmobiliario y agroindustrial.

El director de Fair Food, Chris Ennis, describe la iniciativa como «una herramienta para la educación pública sobre la historia social y medioambiental del sistema alimentario de Australia» (entrevista, 17 de septiembre de 2018). Como escribe en un boletín de CERES, «en los últimos 12.000 años, la era de la agricultura, la mayoría de nosotros éramos agricultores. En Australia, en 1900, uno de cada siete de nosotros era agricultor, hoy solo uno de cada 33 cultiva los alimentos que comemos» (2012:6). Al situar su proyecto en un largo recorrido histórico, Chris ofrece una narrativa de gran atractivo que ha logrado atraer el apoyo de pequeños agricultores, comercios minoristas, clientes en línea y gobiernos locales. En su papel de intermediario en el centro de esta red, su incipiente alianza dejó su impronta en la estrategia del sistema alimentario del Ayuntamiento de Moreland, dotada con 34.000 dólares australianos (25.000 dólares estadounidenses), el primer programa financiado por el gobierno australiano para incentivar el uso productivo de las tierras de cultivo urbanas.

A medida que Fair Food y otros proyectos ganan apoyo a nivel popular, el aumento del interés de los inversores extranjeros en el sector agroalimentario ha suscitado apasionadas reacciones en contra. La presencia de entidades financieras y empresas chinas en el sector está generando una oposición nunca vista en el caso de la minería, el gas, el petróleo y

otras industrias extractivas (Hearn, 2013). En 2021, ante las advertencias de posibles daños medioambientales, injerencias políticas y la llegada de trabajadores chinos, el gobierno australiano anuló el acuerdo del estado de Victoria para adherirse a la iniciativa china Belt and Road. La opinión del gobierno de que la iniciativa no es coherente con la política exterior de Australia refleja la preocupación por las repercusiones de la misma en todo el mundo.

Las oleadas de entusiasmo e inquietud sobre China reflejan una década de acusaciones de que la búsqueda de seguridad alimentaria por parte de la superpotencia emergente constituye una «fiebre por la tierra» entre las élites chinas que «quieren un trozo de la Australia rural» (Cranston 2012). Un lenguaje similar ha surgido en Brasil, donde, según el ex ministro de finanzas Antônio Delfim Netto, «los chinos han comprado África y ahora intentan comprar Brasil» (Estadão 2010). Detrás de estas acusaciones en ambos países hay temores latentes sobre la relación entre alimentos, tierra y soberanía. Aprovechados por los medios de comunicación sensacionalistas y los políticos, estos temores alimentan un argumento simple: la necesidad de China de materias primas alimentarias ha impulsado inversiones agroindustriales que amenazan con codiciar tierras de cultivo y comprometer la soberanía nacional. Un contraste instructivo de este argumento surge del compromiso chino con Cuba, donde la dependencia colonial y poscolonial de la industria azucarera desencadenó la Revolución Cubana de 1959 y disputas sobre el equilibrio entre dependencia y soberanía desde entonces. China ocupa un lugar preponderante en los intentos cubanos de encontrar este equilibrio, incluso más que en Brasil y Australia.

#### 4. El contrapunto cubano

El eminente etnólogo cubano Fernando Ortiz argumentó en 1940 que tres siglos de dependencia nacional de la industria azucarera representaban un «contrapunto» con el cultivo del tabaco. Más allá del contraste económico del éxito estelar del azúcar como producto industrial en comparación con el tabaco, propuso una serie de distinciones culturales relacionadas. Entre ellas destaca la dependencia del azúcar de los esclavos africanos, unos 780.000 de los cuales fueron trasladados a Cuba bajo el dominio colonial español, y la mecanización de la industria bajo el control estadounidense a partir de 1898. El enfoque extractivo de ambos regímenes convirtió a Cuba en el mayor exportador de azúcar del mundo, lo que infundió en Ortiz una aguda sensibilidad hacia las relaciones de poder.

Hacia el final de su vida, Ortiz vio cómo la dependencia económica de su nación respecto a Estados Unidos, afianzada por la industria azucarera, daba lugar a la Revolución Cubana de 1959 liderada por Fidel Castro. Asimismo, habría observado que el consiguiente intercambio de petróleo soviético por azúcar cubano estaba generando una nueva dependencia exterior. A pesar del compromiso del gobierno castrista de mantener la zafra azucarera, la movilización masiva de brigadas de trabajo no pudo compensar la ausencia de demanda estadounidense y de inversión en infraestructuras. La producción disminuyó, pero la dinámica de dependencia persistió hasta el colapso de la Unión Soviética en 1989.

Mientras los funcionarios cubanos y sus homólogos chinos persiguen lo que denominan socialismo «mutuamente beneficioso» del siglo XXI, la contraposición entre dependencia y soberanía sigue configurando la historia de la isla.

China alberga una diversa gama de actores que están emergiendo para dar forma a sus propios sistemas alimentarios locales.

Desde el final de la Guerra Fría, el gobierno cubano ha estrechado sus relaciones con China, pero, a diferencia de sus predecesores soviéticos, los estrategas chinos están decididos a evitar los riesgos económicos y políticos del clientelismo. Por lo tanto, aunque la inversión china está ayudando a revitalizar la industria azucarera de exportación de Cuba, la profundización de la alianza también está creando capacidades –en el marco de la iniciativa Belt and Road– para producir maíz, arroz y otros alimentos de primera necesidad para el consumo local. La paradoja emergente que representan el interés local y la influencia extranjera refleja una ruptura de las dicotomías de poder que recuerda al planteamiento de Ortiz. Mientras los funcionarios cubanos y sus homólogos chinos persiguen lo que denominan socialismo «mutuamente beneficioso» del siglo XXI, la contraposición entre dependencia y soberanía sigue configurando la historia de la isla (Hearn y Hernández 2021).

Jiang Zemin visitó Cuba en 2001 y se comprometió a apoyar la producción de azúcar para su venta al Estado chino, pero también de arroz, maíz y otros alimentos de primera necesidad para el consumo cubano. Obtenidos durante las visitas del presidente Hu Jintao a La Habana en 2004 y 2008, tractores, sistemas de riego, instalaciones de almacenamiento y otros insumos agrícolas procedentes de China han aparecido desde entonces por toda la isla. Para suministrar electricidad al ingenio azucarero Jesús Rabi de Matanzas y a la población próxima, China Eximbank ha financiado desde entonces una central eléctrica de biomasa que consume los residuos procedentes del ingenio. La construcción, ingeniería y operaciones iniciales fueron gestionadas por Shanghai Electric, cuyos 325 técnicos trabajaron junto a 250 homólogos cubanos. La central es la primera de las 18 previstas para 2030 que funcionarán junto a los ingenios azucareros de todo el país (Pérez Sanchez 2020).

Los acuerdos comerciales entre Cuba y China han ido acompañados de consejos para estimular la producción de alimentos para los hogares cubanos en lugar de para la exportación, un objetivo confirmado en la cooperación en el marco de la iniciativa china Belt and Road. Entre los proyectos en curso se encuentra la construcción de una planta en la provincia de Pinar del Río, por parte de la empresa china Muyang, con el objetivo de procesar 37 toneladas de arroz al día para su consumo interno (Hernández Cáceres 2020). A diferencia de las inversiones en la industria azucarera, estos proyectos aspiran a desarrollar la capacidad interna de producción de alimentos de la isla, apoyando la narrativa de soberanía alimentaria del gobierno cubano, incluso a medida que se intensifica la influencia de las empresas chinas en la isla. Las críticas a esta influencia emanan principalmente de grupos de reflexión y comentaristas conservadores estadounidenses, que alegan, por ejemplo, que la cooperación en la producción de azúcar y arroz, el refinado de petróleo y las telecomunicaciones constituye un intento de «apuntalar al régimen cubano» que, en última instancia, coloca a China «en el lado equivocado de la historia» (Lazarus y Ellis 2021).

Para Cuba, Australia y Brasil, la necesidad de construir alianzas que apoyen sistemas alimentarios sostenibles es cada vez más visible. La demanda china de materias primas es un importante motor del cambio, pero las transformaciones que ocurren en China están planteando retos internos que se asemejan a los que afrontan sus proveedores. Lejos de ser la monolítica economía dirigida a la que aluden los políticos y los

medios de comunicación oportunistas, China alberga una diversa gama de actores que están emergiendo para dar forma a sus propios sistemas alimentarios locales.

## 5. Unidad y diversidad en Pekín

Rechazando los argumentos simplistas según los cuales China está socavando la seguridad alimentaria brasileña, Gustavo Oliveira (2021) escribe que «la cuestión no es si Brasil es presa económica de China, sino más bien si los campesinos y trabajadores brasileños y chinos son presa de las élites corporativas nacionales y transnacionales y de los actores estatales que posibilitan y fomentan su poder y sus beneficios». Desde esta perspectiva, las consecuencias ecológicas y sociales de la agroindustria desenfundada no surgen de las acciones del Estado chino, sino más bien de las transformaciones injustas de la tierra y el trabajo impulsadas por los modos de producción capitalistas en estos contextos. La consecuencia es que la urbanización está planteando retos a los sistemas alimentarios locales de China que tienen mucho en común con los que están surgiendo en Australia, Brasil y Cuba.

En la mesa de mi familia de acogida en Pekín, donde viví durante un año entre 2007 y 2008 y de nuevo en 2015, el impacto de la urbanización en la comida era evidente. Como miembro *de facto* de la familia Wang en el suburbio de Pu Huang Yu, tenía que seguir una rutina diaria: pasear al perro con la familia a las 8 de la mañana, llegar a la estación de metro a las 9 y, lo más importante, estar en casa para cenar a las 6.30 de la tarde. Para el señor Wang, la cena era una ceremonia. Tras colocar el gran cuenco de cristal en el centro de la mesa del salón, nos anunciaba el plato que había preparado ese día para su mujer y su hija y para mí. Disfrutábamos de cordero, ternera y pollo casi todas las noches, pero el cerdo era su especialidad, lo que resultaba evidente por la elegancia con la que exclamaba «京都排骨!» (¡Costillas de cerdo de Kioto!). Conocí al señor Wang cuando vivía en los alrededores de Pu Huang Yu en 2007, poco después de que trasladara a su familia de una granja de maíz en la provincia de Hebei, en las afueras de Pekín, al estrecho apartamento situado en un rascacielos. Ocho años después, incluso sin el alquiler que yo le pagaba, su trabajo como empleado en la oficina de administración de su complejo residencial (*hua qiu*) le permitía mantener una dieta que hace una década habría sido impensable.

Es difícil apreciar plenamente la creciente importancia socioeconómica de la carne de cerdo en China. La OCDE calcula que el consumo per cápita de carne de cerdo en China aumentó de 23,9 kg en 2000 a 30,3 kg en 2018, estimulado por «ingresos más altos y una evolución –debida a la urbanización– hacia cambios en el consumo de alimentos que favorecen el incremento de proteínas» (2021). Para diversificar el consumo, el gobierno ha promovido la carne de cordero y otras fuentes de proteínas desde 2018, pero la carne de cerdo sigue siendo la gran favorita. A medida que el plan de nueva urbanización aumente la población urbana de China de 850 millones en 2014 a 1.000 millones de personas en 2025, la demanda de carne de cerdo crecerá. Para alimentar a los rebaños cada vez más numerosos se necesita soja transformada en piensos, dando lugar a una cadena mundial que se extiende desde la mesa del señor Wang hasta las plantaciones de soja de América del Sur. Como se ha señalado, la fronte-

La necesidad de desarrollar enfoques de la seguridad alimentaria que tengan en cuenta las particularidades locales seguirá influyendo en las interacciones de China con América Latina y Australia.

ra de las materias primas asociadas se extiende a los campos de trigo y cebada de Australia, que proporcionan carbohidratos diarios a millones de habitantes urbanos como el señor Wang, y a las plantaciones de azúcar de Cuba por donde pasan los relucientes tractores chinos.

Al noreste de Pekín, a una hora en autobús de la última estación de metro de Fengbo, una comunidad progresista está forjando un futuro periurbano alternativo. La iniciativa Shared Harvest se fundó en 2012 como una cooperativa independiente de agricultura apoyada por la comunidad (CSA, por sus siglas en inglés), y en los cinco años siguientes creció hasta apoyar a más de 40 agricultores en 36 hectáreas de tierras adjudicadas por el gobierno. Dejando atrás pueblos estancados, sus miembros han evitado la precariedad de la construcción, las fábricas y los sectores informales de la ciudad. Cuando los visité por primera vez en 2015, utilizaban sus conocimientos para producir peras, calabazas, maíz, boniatos, okra, setas, aves de corral y carne de cerdo ecológicos que entregaban cada semana a más de 800 familias de Pekín.

La directora de Shared Harvest, la Dra. Shi Yan, científica agrícola, describe su trabajo como conservación cultural: «Al proporcionar estos empleos ofrecemos una ocupación digna que aprovecha las habilidades de la comunidad y sus antiguas conexiones con la tierra» (entrevista, 31 de julio de 2017). Aprovechando las capacidades de los agricultores desplazados, Shi es una intermediaria que centra su trabajo en las tradiciones alimentarias de estos campesinos. La directora de Shared Harvest presenta la iniciativa a las autoridades locales como un ejemplo de continuidad cultural frente a la urbanización y, a cambio, éstas le han proporcionado una planta de biogasificación de metano para producir energía y fertilizantes y le han prorrogado el contrato de arrendamiento hasta 2027. El éxito de la iniciativa ha inspirado desde entonces la creación de más de 1.000 granjas comunitarias en toda China (Lyu *et al.* 2020). Muchas de ellas están gestionadas por antiguos alumnos de Shi, y todas ellas están creando activamente alianzas entre el sector público y el privado para impulsar enfoques agrícolas no industriales a pequeña escala.

La urbanización ha tenido consecuencias diferentes para la familia Wang con respecto a los trabajadores inmigrantes de Shared Harvest. En ambos casos se trasladaron de las tierras de cultivo de Hebei a los suburbios en expansión de Pekín, pero mientras la primera depende de cadenas alimentarias sostenidas por materias primas extranjeras, los segundos se alimentan a sí mismos y abastecen a sus clientes urbanos con productos locales. Las dos experiencias demuestran que la necesidad de sistemas alimentarios más orientados al mercado local es tan acuciante en China como en Brasil, Australia y Cuba.

## 6. Conclusión: reflexiones para la Unión Europea

Los escenarios anteriores sugieren que los proyectos comunitarios pueden ser tan transformadores como la agroindustria global. El reconocimiento de la acción comunitaria se pierde fácilmente en los debates sobre comercio e inversión internacionales, especialmente cuando se enmarcan en acusaciones políticamente acaloradas de que el crecimiento de China está generando nuevas dependencias entre las naciones productoras de alimentos al tiempo que socava su soberanía.



La necesidad de desarrollar enfoques de la seguridad alimentaria que tengan en cuenta las particularidades locales seguirá influyendo en las interacciones de China con América Latina y Australia. La Unión Europea (UE) está bien situada para extraer enseñanzas de este proceso, por ejemplo, a través de las cumbres anuales UE-China y UE-Brasil. Estos encuentros brindan la oportunidad de establecer un subdiálogo trilateral de la UE con China y Brasil, que proporcionaría a la primera información sobre los planteamientos chinos en materia de seguridad alimentaria, transferencia de tecnología, financiación del desarrollo y otras cuestiones pertinentes. Asimismo, se facilitaría el debate sobre los objetivos que China desea alcanzar con la UE –y que ya está logrando con Brasil–, como la cooperación tecnológica, el avance hacia un comercio más abierto y la diversificación de las inversiones.

Las relaciones agrícolas de Australia con China también son relevantes para la UE, sobre todo en lo que respecta a la inversión extranjera en tierras de cultivo. Como se ha señalado, se prevé que la capacidad de las zonas periurbanas de Melbourne para alimentar a la ciudad se reduzca al 18% en 2050, y otras ciudades australianas se enfrentan a una situación similar. Existe una necesidad acuciante de fomentar la inversión, tanto extranjera como nacional, en la producción localizada de alimentos frescos para los mercados nacionales, en lugar de limitarse al sector de las materias primas para la exportación. La salvaguarda de los intereses nacionales ha ocupado un lugar más destacado en los planteamientos cubanos sobre China, en parte debido a las experiencias de la isla con el colonialismo europeo y su posterior dependencia de los mercados estadounidenses. Aunque los estados democráticos liberales no pueden emular fácilmente el requisito de Cuba de que los inversores agrícolas extranjeros fomenten la seguridad alimentaria local, la UE (y otros) podrían considerar incentivos fiscales y de otro tipo para proyectos que den prioridad al beneficio de la comunidad.

La capacidad de la producción localizada para construir sistemas alimentarios más resilientes y seguros está ampliamente reconocida, y este artículo ofrece una visión de la realidad sobre el terreno. Los proyectos de orientación local están ayudando a abordar retos de relevancia mundial asociados al cambio climático, la urbanización y la seguridad alimentaria. A medida que estas cuestiones adquieren mayor relevancia en el G20, la ONU, los BRICS y otros foros multilaterales, la UE se encuentra en una posición idónea tanto para apoyar las experiencias extranjeras como para aprender de ellas.

## Referencias bibliográficas

Bachelard, Michael (2018). «Readers respond: Should Australia support China's Belt and Road Initiative.» *The Sydney Morning Herald*, 26 de junio.

Carey, Rachel, Jennifer Sheridan, and Kirsten Larsen (2018). *Food for Thought: Challenges and Opportunities for Farming in Melbourne's Foodbowl*. Melbourne: Victorian Eco-Innovation Lab.

Catacora-Vargas, Georgina; Pablo Galeano; Sarah Zanon Agapito; Darío Aranda, Tomás Palau y Rubens Onofre Nodari (2012). *Soybean*

*production in the Southern Cone of the Americas: update on land and pesticide use.* Cochabamba: Virmegraf.

Cranston, Matthew (2012). «Chinese want slice of rural Australia.» *The Australian Financial Review*, 23 de enero.

Dean, Warren (1995). *With Broadax and Firebrand: The Destruction of the Brazilian Atlantic Forest.* Berkeley: University of California Press.

Economic Commission for Latin America and the Caribbean (ECLAC) (2021). «Cities and Housing Provide an Opportunity to Transform Latin America.» *ECLAC News*, 17 de mayo.

Ennis, Chris (2012). «CERES - once we were farmers.» *Geodate* 25(3):6-8.

Eslake, Saul (2011). «The Counterexample of Australia.» In *What's Next?*, editado por David Hale y Lyric Hale, 139-150, New Haven: Yale University Press.

Hearn, Adrian H. (2023). «Bringing community together through urban farming: Rio de Janeiro.» *Pursuit*, 28 de julio. (en línea) [fecha de consulta 10.10.2010] <https://pursuit.unimelb.edu.au/articles/bringing-community-together-through-urban-farming>

----- (2013). *China and Brazil: Searching for Sustainable Complementarity.* The European Commission - Europe China Research and Advice Network policy paper #72. Londres: ECRAN.

Hearn, Adrian H. y Hernández, Rafael (2021). «Cuba-China Relations and the Construction of Socialism.» En: *Cuban International Relations at 60: Reflections on Global Connections*, editado por Mervyn Bain y Chris Walker. Lanham: Lexington Books, pp.139-156.

Hernández Cáceres, Alberto (2020). «Avanza en Pinar del Río construcción de moderno secadero de arroz.» *Radio Guamá*.

Lazarus, Leland y Ellis, Evan (2021). «How China Helps the Cuban Regime Stay Afloat and Shut Down Protests.» *The Diplomat*. 3 de agosto. (en línea) [fecha de consulta 10.10.2010] <https://thediplomat.com/2021/08/how-china-helps-the-cuban-regime-stay-afloat-and-shut-down-protests/>

Lowy Institute for International Policy (2021). Lowy Poll. (en línea) [fecha de consulta 10.10.2010] <https://poll.lowyinstitute.org>

Lyu, Lily; Jin Yang; Wang Xiumin (2020). «New Money: CSA farms offer inspiration to China's agriculture.» CGTN, 22 de mayo. (en línea) [fecha de consulta 10.10.2010] <https://news.cgtn.com/news/2020-05-22/New-Money-CSA-farms-offer-inspiration-to-China-s-agriculture-QHBXoPCjlc/index.html>

Najib, Gustavo y Angélica Campos Nakamura (2020). «Urban agriculture in the city of São Paulo: New spatial transformations and ongoing challenges to guarantee the production and consumption of healthy food.» *Global Food Security* 26: 1-7.

Organisation for Economic Cooperation and Development (OECD) (2021). Meat consumption. (en línea) [fecha de consulta 10.10.2010] <https://data.oecd.org/agroutput/meat-consumption.htm>

Oliveira, Gustavo (2021). «China's Engagement with Brazil since 2000: key actors, strategies, and conflicts.» Presentación en la Hong Kong University of Science and Technology, 9 de marzo. (en línea) [fecha de consulta 10.10.2010] <https://globalchinacenter.hkust.edu.hk/events/chinas-engagement-brazil-2000-key-actors-strategies-and-conflicts>

Pérez Sanchez, Amaury (2020). «Cuba's First Biomass-Fired Power Plant Inaugurated.» *Power Magazine*, 1 de julio. (en línea) [fecha de consulta 10.10.2010] <https://www.powermag.com/cubas-first-biomass-fired-power-plant-inaugurated/>

UN-COMTRADE (2021). «United Nations commodity trade statistics database». (en línea) [fecha de consulta 10.10.2010] En: <http://comtrade.un.org>

